

Marroquín—Bogotá—Librería Americana—Calle 14, números 97 y 99—1907—Páginas xxxii+318—8.º menor.

Libro interesantísimo. Resurrección de un hombre distinguido, á quien su modestia y las circunstancias no dejaron brillar como lo merecía. Estilo muy agradable. Lenguaje correcto, sin pedanterías de diccionario. Imparcialidad histórica, menos cuando se trata de Santander, Ospina y Herrán. De este último personaje, la figura más eminente de la Nueva Granada, después de Nariño y Santander, según nuestro humilde dictamen, no trata el Sr. Ortiz sino incidentalmente, y siempre para denigrarlo. Baste decir que no aparece Herrán en la batalla de El Oratorio, que él ganó. Para muestra del libro, y para engolosinar al lector, reproducimos en seguida algunos de los retratos trazados por la pluma de Ortiz. No los habría hecho mejores, según nos parecé, con el pincel, el más aventajado de los discípulos de Goya:

RETRATOS DE ANTAÑO

I

D. Agustín Justo de Medina

Al hablar de mis abuelos, trataré primero de mi bisabuelo materno D. Agustín Justo de Medina.

D. Justo, según me refería mi padre, que gozó de su íntima confianza, era limeño, y en años de robusta juventud dejó su país natal y vino á la ciudad de Tunja, acaudalado por demás.

Remató las alcabalas y los aguardientes de todo el Corregimiento de Tunja, rentas cuyo manejo dejaba muchos miles de ganancia, y viéndose ya acomodado, pensó en tomar mujer, se casó con D.^a Bárbara Sánchez Caicedo, de una buena familia de Bogotá, y se estableció con su linda esposa en la hacienda de *El Salitre*.

A poco se puso á construir una casa que, siempre que la veo, me recuerda los palacios góticos de los señores feu-

dales de la Edad Media. Ciertamente, levántase el edificio en una colina rebajada que se destaca como una isla en la hermosa llanura, no á flor de tierra, sino sobre un alto murallón terraplenado, presentando al pasajero que lo contempla una fachada de veintisiete arcos de piedra bien labrada, rematando por la izquierda en una gran capilla. Á la derecha se extiende un patio, y sigue luego otra casa alta de un solo piso, formando un largo tramo en donde existen las oficinas correspondientes al servicio de la hacienda, como fragua, carpintería, almacenes para acopiar el salitre, y corrales de cal y canto muy bien dispuestas para separar el ganado. A D. Justo le venía éste de sus haciendas del Llano, y vendía á diez pesos cada res. Si el comprador le observaba que la res estaba pequeña, D. Justo le respondía fríamente: *déjela usted crecer*; y si le hacían notar que estaba muy flaca, le atajaba la palabra diciendo: *déjela usted engordar*.

Cuando le llegaban huéspedes, á los cuales obsequiaba de una manera espléndida, destinaba para cada uno de ellos una pieza bien amueblada, á la que conducían el equipaje los asistentes; pero si venían á avisarle que á alguno de esos señores le faltaba colchón, respondía D. Justo de la manera grave y lacónica que acostumbraba: *no lo usará, pues no lo ha tratado*, y el pobre diablo tenía que dormir sobre las duras tablas. Si se prolongaba la visita por más de tres días, lo que sucedía muchas veces, teniendo una opípara mesa y excelentes vinos, D. Justo mandaba ensillar los caballos y que les pusieran los frenos; de modo que advertidos los visitantes con aquella indirecta del Padre Cobos, no dilataban el ponerse en marcha.

Los domingos, después de oír misa en la capilla, salía D. Justo al *altozano* á hacer una plática á su familia y á los arrendatarios de la hacienda, é inmediatamente después montaba en su caballo enjaezado, y seguía para el pueblo de Paipa. Luego que pasaba el puente, se quitaba el sombrero de tres picos, y lo metía debajo del brazo, lloviera

que tronara, ejecutando aquella ceremonia con el doble objeto, decía, de enseñar á los que no se descubrían delante de su persona, y de corresponder á cuantos le hicieran la cortesía.

De D.^a Bárbara Sánchez Caicedo, tuvo á mi abuela D.^a Rosalía. D.^a Bárbara se volvió loca: arrojó por la ventana, en el primer acceso de locura, sus cajas de joyas, sus perlas y sus diamantes. Después de aquel arranque no volvió á tener furor, quedando una loca pacífica, extremosa en el aseo de su persona, que lloraba mucho y vivía casi sin comer.

Cuentan de ella, entre otras, una magnífica respuesta que no quiero dejar en el tintero. Construída la casa y edificada la capilla en la hacienda de *El Salitre*, quiso D. Justo que una piedra de dos metros de larga, se pusiera después de labrada, como se puso en efecto, en el *altozano* de la capilla, y hablando con los albañiles que ejecutaban sus órdenes, les decía: "Vean ustedes: cuando yo muera, enterrarán mi cuerpo debajo de esta piedra; labrarán con el cincel una pequeña cruz, aquí (y señalaba el lugar), y debajo escribirán en la piedra mi nombre y apellido, y al pie pondrán estas iniciales D. E. P., que significan *descanse en paz*." D.^a Bárbara, que le estaba oyendo desde una ventana, le gritó: "Déjese usted de cuentos, Sr. D. Justo, que cuando uno muere otro es el que dispone."

Cumplióse la profecía de la buena señora. Murió D. Justo en Bogotá, lejos de su hacienda; pobre no, pero bastante arruinado de bienes de fortuna. Sus últimos momentos revelan la energía de su carácter. Acostumbraba dar muchas limosnas, y la víspera de su fallecimiento encargó á mi padre que no olvidara mandar comprar los seis pesos de pan que repartía á los pobres todos los sábados. Avisó luego que quería recibir el Santo Viático el día siguiente. A las ocho de la mañana se oyó la campanilla que anunciaba la venida del Santísimo. D. Justo se había puesto un vestido nuevo de paño; se arrodilló en la alfombra

de la sala y comulgó con profunda reverencia. Perdió entonces el uso de la palabra, é hizo señas para que le condujeran á su cama; reclinóse en la almohada, dio un gran gemido y expiró á los ciento ocho años de edad, sin haber sufrido más enfermedad que la última, que fue un ataque á la vejiga, sin perder un diente, con su cabellera completa, y sin haber usado anteojos, pues escribió con pulso firme una letra casi microscópica, hasta pocos días antes de morir.

II

El Libertador Bolívar

Bolívar, en su tránsito para la villa del Rosario de Cúcuta, se hospedó en Paipa (no recuerdo la fecha), en casa del Sr. Tomás Monroy, á quien había condecorado con la cruz de la *Orden de Libertadores*, en recompensa de los servicios prestados al Ejército patriota antes de la batalla de Boyacá. Dicho Monroy, que había sido mayordomo de la hacienda de mi padre, y era además su compadre, me convidó para que con algunos vecinos de Paipa acompañáramos al Libertador á su salida del pueblo. En efecto, el día de la marcha monté á caballo para incorporarme á la comitiva; pero supe que Bolívar había tomado el camino antes que todos, como lo tenía de costumbre, y alguno me aconsejó que apurara el paso si quería conocerlo. No me lo dejé decir dos veces, y eché mi caballo al galope, seguro de alcanzar á Bolívar en *El Arenal* ó más allá. Bien adelante de *Los Molinos*, pregunté por él á un grupo de caballeros que se habían atrasado. Va adelante, me contestaron: piqué otra vez al jaco, sin dejar de hacer igual pregunta á cuantos encontraba. Al entrar en las llanuras de Bonza, divisé un sujeto que iba á paso regular, envuelto en un capote de paño blanco, y que llevaba ajustado el sombrero de paja con un pañuelo que le cubría casi todo el rostro. Cuando llegué á su lado:

—¿A dónde va usted? me gritó.

—A ver á Bolívar, le respondí.

—¿Y qué le quería usted decir?

—Yo?... nada: era por conocerlo no más.

—¡Pues un hombre como cualquiera! ¡como cualquiera! repitió, y luégo, mirándome fijamente, ¿de qué familia es usted? me preguntó.

—Hijo del Dr. Ortiz, del que tienen preso los españoles en Puerto Cabello.

—¿Y por qué no lo mandan á usted á un colegio?

—Porque mi madre no tiene con qué.

—¡Pobre chiquillo!

Estando en este diálogo, cuyas palabras no serán tal vez las mismas, pero sí la sustancia, nos alcanzaron algunos de los que se habían atrasado, y rodearon con mucho respeto al caballero del capote blanco, á quien llamaban General, y le daban el tratamiento de Excelencia.... Era Bolívar!

Causóme no poco disgusto aquella equivocación, y en consecuencia empecé á dejar que se me adelantaran los que venían atrás, y cuando calculé que ya habían pasado todos, eché una carrera tendida hasta que llegué á casa, en donde referí á mi madre lo que me había sucedido. ¡Acababa de hablar con Bolívar! Desde entonces se me quedaron fijos en la memoria el agudo acento de su voz, y las facciones de su rostro, aunque vistas á la ligera. Ah! No sabía entonces, por ser tan niño, cuánto valía aquel hombre, el más eminente que ha producido la América española! Ignoraba entonces que el viajero del capote blanco estaba ceñido con la triple corona de poeta, de legislador y de guerrero. Al saberlo, ¡cuál hubiera sido mi asombro!

III

Antonio Miralla

Quiso la suerte que otro (caballero), que no le iba en zaga (al Dr. Manuel Baños), abriera un curso de lengua

francesa en San Bartolomé, al que concurrí. Este fue el Sr. D. Antonio Miralla.

Nunca se ha sabido á punto fijo si este sujeto apreciableísimo era español, cubano, mexicano ó de Buenos Aires. Ese era su secreto. Que había hecho buenos estudios, nadie podía negarlo, porque hablaba con mucha propiedad el inglés, el francés y el italiano. Que entendía el latín, era indisputable, porque citaba de memoria, y con asombrosa facilidad, los clásicos latinos. Sabía las matemáticas, la jurisprudencia y hasta la teología y los cánones, como lo probó en una gran conferencia pública á que lo invitó el Sr. Dr. D. Francisco Margallo y Duquesne, de grata memoria, para demostrar el daño que causa á los fieles cristianos la lectura de la Biblia en lenguas vulgares. Los que concurren á aquella conferencia aseguraban que Miralla había sostenido la tesis contraria con mucha erudición y elocuencia.

Tendría Miralla de veintiocho á treinta años cuando lo conocí. Era bien parecido, su color trigueño, su cabeza poblada de negros y enrizados cabellos, su mirada luminosa, su dentadura limpia como la plata cincelada. Usaba siempre sombrero de pelo, corbata blanca, levita de paño color de pasa, muy bien cortada y abotonada hasta el cuello, pantalón negro, botas, guantes y estoque. Sus movimientos eran aiosos y desembarazados.

A nadie he oído pronunciar la lengua castellana con tanta pureza y corrección. Nunca confundía la *b* con la *v*, ni la *x* con la *s*. Su acento era claro y sonoro, y tenía una imaginación tan rica, y tan felices ocurrencias, que se quedaba uno lelo, embobado, oyéndole hablar. Improvisaba en el metro que se quisiese y sobre el tema que se le indicara, con asonante ó consonante, en endecasílabos ó en versos de arte menor, con pie libre ó forzado, en décimas, en letrillas, en octavas; para él era indiferente. Era un prodigio! Y los que tenían el gusto de oírle una vez, querían oírle siempre. Era el Adonis de las damas, el embeleso de

las tertulias; era un cumplido caballero que se hacía querer por sus modales y por su chispa.

Cuentan que habiendo salido de paseo con varios amigos, entraron al cementerio de Bogotá, y uno de ellos reparó que, en una calavera abandonada encima de una tumba, había brotado una amapola que se mecía con el viento de la tarde, y mostrándosela á Miralla le pidió unos versos, y que él improvisó éstos:

¡ Bella flor ! cuando naciste
Oh ! qué triste fue tu suerte,
Que al primer paso que diste
Te encontraste con la muerte !

Arrancarte es cosa triste,
No llevarte es lance fuerte,
Dejarte donde naciste
Es dejarte con la muerte.

Miralla se casó en Bogotá con la Srita. Elvira Zuleta, de la que tuvo una hija.

El General Santander le nombró jefe de sección de la Secretaría de Relaciones Exteriores, oficina recargada de trabajo en los tiempos de la Gran República de Colombia. El sueldo asignado á aquella plaza era de sesenta y seis pesos cinco reales y cuartillo. Entonces no corrían los fuertes. Miralla, aburrido de su miseria, presentó un día su renuncia, exponiendo: que en Colombia le habían avaluado en sesenta y seis pesos, y que él tenía conciencia de valer algo más. Conservo entre mis papeles un borrador autógrafa de esta curiosa renuncia.

A pocos días de haber hecho Miralla dimisión de su empleo, se puso en vía para Cartagena, de donde se embarcó para México.

Dicen unos que murió en la Puebla de los Angeles; aseguran otros haberle visto de capellán en un buque español, y otros afirman haber conversado con él en la *Opera Italiana*, en Londres. Sea de esto lo que fuere, resulta, en resumen, que son dos misterios el de su nacimiento y el

de su desaparición. Fue íntimo amigo de Luis Vargas Tejeda, que lloró su muerte en el magnífico epiceyo reproducido en *La Guirnalda*. Por lo que á mí toca, debo decir que me enseñó la pronunciación francesa y me distinguió siempre con su cariño.

Miralla, hombre que descollaba por su mérito, por su ingenio, por su instrucción, tuvo que sufrir los tiros alevosos de la envidia. Viven algunos de los que escribieron unos papeluchos inmundos con el título de *El Noticioso*, *El Noticiosito* y *El Noticiosote*, que se ensañaban contra él y trataron de envilecerlo. Esas mismas plumas se cebaron en la reputación médica del Dr. Broc, afirmando que era un curandero, un empírico, un hambriento; y ya sabemos que aquel afamado profesor ha llegado á ser Presidente de la Academia de Ciencias de París. Lo mismo despedazaron y aburrieron otros al Sr. Antonio José Irisarri y á cuantos han sobresalido en alguna línea.

IV

El Canónigo Guerra

El Sr. Dr. D. Francisco Javier Guerra de Mier había nacido en Cádiz el 3 de Diciembre de 1779; fue educado en España en la ciudad de Valencia. Hablaba su lengua con la pureza de un castellano que había hecho de ella especial estudio; como profesor de humanidades y de lengua latina, era versadísimo en los clásicos, y sin disputa ha sido uno de los mejores oradores que hemos oído en Bogotá. Su dicción, verdaderamente española, y su elocuente recitación han tenido imitadores, pero no rivales. Cuando predicaba el virtuoso Margallo, que murió en opinión de santo, era como un río que desbordaba salido de madre, inundando las riberas; cuando peroraba el ilustre Mosquera, eminente confesor de la fe, era como una nube cargada del rayo que se rasgara de repente sobre el auditorio, derramando copiosos raudales; y el Canónigo Guerra en sus dis-

cursos era como una corriente que, bajando con fragor de la montaña, deleita los ojos porque en su fondo se ven retratados el cielo sereno y las frondosas arboledas. El Canónigo Guerra era hombre de sociedad.

Su conversación era muy animada y salpicada siempre de anécdotas divertidas: improvisaba con facilidad en décimas de pie forzado; no quiso imprimir jamás sus sermones. Decía que nadie podría leerlos como él los predicaba. Tenía tan feliz memoria y tan ejercitada, que, en 1832 hallándonos en unas fiestas en Somondoco, llegó el día en que le tocaba predicar, y no sabiendo el sermón que había escrito en días anteriores, le dio una ó dos repasadas, subió al púlpito y lo recitó sin variar ni una palabra. Yo leía el manuscrito en la sacristía en tanto que él predicaba. El Canónigo era desprendido, generoso, fiel á la amistad. Solía decirme: Juanillo! con tal de que el dinero me alcance hasta las vísperas de morir, lo demás no importa; los canónigos tienen obligación de hacerme un buen entierro.

V

José de la Natividad Saldanha

En tanto que hacía el curso de leyes, seguía aplicadísimo, traduciendo el Virgilio, y quiso mi buena suerte que viniera á la República un brasileiro, nacido en Pernambuco, llamado José de la Natividad Saldanha, con quien contraje amistad. Este sujeto, que había sufrido los horrores del infortunio, se hallaba muy pobre, y se mantenía dando lecciones en casas particulares. La que más frecuentaba era la nuestra, en donde comía muchas veces; y recibía de mi padre algunos socorros en ropa y en dinero. Saldanha era joven de unos treinta y cinco años á lo sumo; y había hecho buenos estudios en la Universidad de Riojaneiro. Allí entró en una conspiración contra el Emperador del Brasil, y escapando milagrosamente de las persecuciones de la justicia, se fue á Londres, de allí pasó á París y luego á la Ha-

bana; después vino á Caracas y de allí á Bogotá, donde nos conocimos. Su vida parecía una novela. Había sufrido un gran terremoto en Pernambuco y un naufragio enfrente de Plymouth; había peleado en el campo de batalla y en combates particulares, había agonizado en un hospital de Londres, se había visto rico alguna vez y muchas sin tener un bocado de pan que llevar á la boca; estuvo preso en Caracas, lo reclutaron para el ejército y atravesó á pie la cordillera de los Andes. Tratando de sus aventuras, le pregunté un día cuál era el mayor de los trabajos que había pasado en su vida, y me contestó que el naufragio. En efecto, se vio á punto de perecer enfrente de las costas de Inglaterra, luchando dos días con las ondas enfurecidas, desnudo y con una tabla amarrada á la cintura, para cuando llegara el momento supremo de sumergirse la embarcación. Todavía no se habían inventado los taburetes de corcho, ni las fajas de naufragio que á tantos han salvado la vida.

Era Saldanha muy moreno, de regular estatura, bien proporcionado y fornido; tenía los dientes muy afilados, y mezclaba palabras portuguesas y francesas en su lenguaje. Era literato, y hacía versos con facilidad. Para dar una muestra de su vena poética, copiaré aquí uno de sus sonetos, traducido del portugués al castellano; y advierto que, siendo tan parecida la una lengua á la otra, son muy pocas las palabras que he sustituido á las del original:

MI SUERTE

Quando pienso que el hado rigoroso
De tanto perseguirme ya se cansa,
Quando pienso que súbita bonanza
Sucede al huracán tempestuoso;

En nuevo abismo, en caos tenebroso
Va á naufragar mi débil esperanza,
Contra sirtes navífragas se lanza
Y el mar devora mi bajel medroso.

¿Qué más puedo esperar? Cual leve pino,
Por la fuerte corriente arrebatado,
De roca en roca, en raudo torbellino,

De desgracia en desgracia despeñado,
Seguiré los caprichos del destino
Hasta ser como él despedazado.

El corazón de Saldanha le pronosticaba su triste fin. Una noche de lluvia, al pasar el caño que baja frente á las enfermerías del hospital de San Juan de Dios, cayó y debió de privarlo de sentido el golpe que recibiría, porque no pudo sacar la cabeza de entre las aguas, y se ahogó allí, en una pequeña zanja, el que se había librado de las olas soberbias del Canal de la Mancha.

¡Pobre Saldanha! Hasta cierto punto pudieran aplicársele aquellos versos en que el cantor de *Os Lusíadas* pinta sus desgracias:

A fortuna me traz peregrinando
Novos trabalhos vendo, e novos danos.

Agora con pobreza aborrecida
Por hospícios alheios degradado,
Agora da esperança já adquirida
De novo mais que nunca derribado;
Agora ás costas escapando a vida.

Con Saldanha repasé las Eglogas, las Geórgicas y toda la Eneida, auxiliado de buenos comentarios y de la traducción de Guillén de Viedma, y me puse en estado de entender regularmente á Virgilio: después he continuado estudiándolo solo, y otro tanto he hecho con las obras de Horacio.

VI

Rafael María Baralt

Entre los asistentes á la clase regentada por el Dr. Sotomayor hubo uno muy notable; y no debí poner entre los asistentes, pues era un mozalbete despilfarrado que concurría cuando se le antojaba, es decir, uno ó dos días por

semana, que los otros los gastaba en picos pardos, en comer frutas en el mercado ó en vagar por las calles de la ciudad. Tendría entonces veintiuno ó veintidós años, cuando más. Hablaba el francés con alguna soltura y me forzaba á patullarlo con él. Me quería mucho, le gustaban mis versos, y á mí me agradaban su trato franco y su animada conversación. Estaba encantado con la *Ilíada* de Homero, que leía constantemente; hablaba á cada paso de sus héroes y de sus combates, y recuerdo que me prestó un ejemplar de la traducción de Bitauvé para que la leyera. Andaba siempre roto y desgarrado, y no por falta de buena ropa, sino porque cuidaba muy poco de sus vestidos; sabía la crónica de la ciudad; era infalible en la barra del Congreso; describía con exaltación el mar y el lago de Maracaibo, suspirando tristemente por el día de regresar á su país nativo. No me acuerdo de su cara, pero sí de sus travesuras y pícaras ocurrencias, que llegaron á tal punto que, de la noche á la mañana, supimos que su tío, respetable sujeto, Presidente de Senado de Colombia, lo hizo montar en una mula, y escoltado por un asistente, lo mandó para su tierra. Este joven era el célebre Rafael María Baralt.

Pasados algunos años oí hablar de él, primeramente cuando fue en la comisión encargada de medir el delta del Orinoco; lei después con asombro la *Historia de la revolución de Venezuela*, escrita por él en asocio del Sr. Díaz; supe luego que el Gobierno de su patria lo había enviado de Ministro á la Corte de España; vi más tarde su *Oda á la Reina D.^a Isabel II*; y por último, he admirado su *Diccionario de los galicismos*, obra importantísima para los que estudiamos la lengua castellana. La Academia Española, haciendo justicia á su mérito, le abrió sus puertas, y la Reina le confió el empleo de Director de la imprenta real; pues aburrido de los disturbios de América, fijó Baralt su residencia en Madrid, donde falleció el año de 59, generalmente apreciado por su talento y por su vasta instrucción.